La Muerte Andante

Víctor I. Lizárraga

Capítulo 1

Mi libro ya a la venta: https://www.amazon.com.mx/Muerte-Andante-Otros-Relatos-Horror-ebook/dp/B0BR1347C1/ref=sr_1_1?crid=3GWUWV6JDYNX1&keywords=la+muerte+an
1

Han pasado días, o tal vez semanas, quizá meses, la verdad es que no lo sé ni tampoco importa ahora. Verán, finalmente ocurrió, esos bastados lo hicieron, lanzaron un ataque nuclear. Varias partes del mundo deberían estar devastadas a causa de esto.

Mi nombre solía ser Bruce Graham. Trabajaba como mecánico en mi propio taller y me iba relativamente bien. Tenia una esposa, Jessica, y dos preciosas niñas: Mara y Linda, de 12 y 8 años respectivamente. Éramos una familia estable y muy unida, pero todo cambio aquel día de septiembre.

Habíamos decidido salir a pasear un sábado por la mañana, era un día hermoso y el cielo estaba despejado. Habíamos ido al campo. Una hora y media en auto, llevábamos lo necesario para lo que se suponía sería un día perfecto: Manta, comida, servilletas y un par de juguetes por si las niñas llegaban a aburrirse. Dejamos todo puesto debajo de un árbol que se encontraba apartado de la carretera por seguridad. Comimos unos sándwiches y después jugamos a perseguirnos. Esa fue la última vez que escuché las risas de mis hijas, y la ultima vez que yo pude sonreír. Nos sentamos donde estaba al árbol para cubrirnos del resplandeciente sol por un momento. Estábamos hablando del bonito paisaje y demás cosas.

-¡Cuando sea mayor quiero trabajar en algo para cuidar el medio ambiente! –Dijo de pronto Linda, era una niña muy optimista y amaba ese tipo de lugares, además de los animales.

-Puedes serlo si te esfuerzas mucho querida. -Le respondió Jessica. Tan amable como siempre.

Linda estaba muy contenta con eso, saber que podría cambiar el mundo si se lo propusiese, al menos antes de que el cielo adquiera aquel macabro tono rojizo.

De pronto el cielo había cambiado radicalmente y tenia un tono rojo intenso y poco a poco pudimos ver a la distancia como una gran explosión en forma de champiñón se extendía donde hace unos minutos debía de encontrarse la ciudad. No lo podía creer, unos días antes había escuchado por la radio que la tensiones entre países estaba en un punto crítico, pero jamás creí que esos imbéciles fueran a desatar una guerra nuclear, por sentido común, si se iniciaba una guerra de ese tipo, la humanidad y todo

como lo conocemos desaparecería sin más. Bueno, parece ser que eso les dio lo mismo y se dejaron llevar por su orgullo, o peor aún, su instinto de autodestrucción, muy común en el ser humano.

Mi mente se encontraba en blanco, no lo podía creer: mi taller, mi casa, mis amigos, todo como lo conocía se había esfumado en aquel humo toxico que cada vez se acercaba más. No fue si no hasta que Jessica grito mi nombre. «¡Bruce, Bruce, por todos los cielos reacciona!». Que me di cuenta de que las niñas se encontraban abrazando a Jessica, sus rostros mostraban el más espantoso y sincero terror que puede llegar a experimentar una persona. Estaban llorando, veían aquella masa gigantesca, y aunque no estoy seguro de si sabían que significaba o que era aquello, puedo asegurar que tenían algo muy claro, iban a morir. Lo sabían y la idea las tenia muertas de miedo, a mi también, pero ellas no podían ocultar aquel temor.

-Mami, ¿¡Que es esa cosa!? –Grito de pronto Linda.

-Es… Es... -Se detuvo Jessica, como yo, ella también se encontraba en shock al presenciar la escena.

-Tengo miedo - Dijo Mara-. Papi, ¿acaso es alguna especie de truco para una película o algo? ¡Porque no tiene nada de gracia!

Hubiera dado lo que fuera en ese momento para que así fuera, pero no. Era real, horriblemente real. La onda nos alcanzó. Si hubiéramos estado en la ciudad la explosión probablemente nos hubiera matado al instante, tal vez eso hubiera sido mejor que lo que nos ocurrió a continuación. La radioactividad, la maldita radioactividad, estaba consumiéndonos en ese momento. Nuestros cuerpos estaban pudriéndose, podía sentir como mis entrañas poco a poco comenzaban a descomponerse, como me ardían los ojos, comencé a vomitar, era una sensación tan horrible, tan destructiva, que hubiera dado lo que fuera por morir rápidamente en vez de tolerar aquel proceso venenoso.

Lo poco que podía ver con mis ojos descompuestos, fue aquel cielo apocalíptico y el árbol en donde hace unos minutos estábamos recostados con una felicidad y tranquilidad tan hermosa, que ahora solo parecía un bello y lejano recuerdo. El árbol estaba casi derritiéndose, se le habían caído las hojas y el tronco mostraba un aspecto lamentable, el mismo aspecto podrido y asqueroso que debía de presentar yo en aquel instante. Pero sin duda lo peor de aquella visión pesadillesca, fue ver a mi mujer y a mis dos queridas hijas atrapadas en aquel desagradable proceso de descomposición y dolor generado por la radioactividad. Linda al ser tan pequeña y frágil no pudo aguantar mucho tiempo y rápido pereció ante los efectos. Cayo al suelo y lo único que pude ver fue su rostro medio cubierto por sus cabellos, los ojos abiertos y desorbitados, y su piel que

había adquirido un tono gris y podrido.

Trate de llorar, pero me fue imposible, mi cuerpo ya no podía producir nada más, me parece que ni siquiera podía articular palabra, aunque tratara. Gritaba (o al menos eso pensaba) que tratáramos de llegar a la ciudad, quería ver con mis propios ojos el fruto de aquel desastre, aunque bueno, en ese campo ya me daba una idea bastante atroz. Jess y Mara luchaban por mantenerse en pie, parecían calaveras con carne a punto de desprenderse, me miraban fijamente, intente de nuevo, esta vez levante mi brazo (¡Dios que dolor!) y apunte hacia la carretera, camino a la ciudad.

Cada paso que dábamos era un logro increíble, mi cuerpo ya no respondía correctamente y cada vez lo sentía mas débil. Sentía como mi piel me empezaba a colgar de los brazos, cara y estomago, y mi cabello se había convertido a unos escasos mechones apenas sujetados a mi cabeza. Era como estar caminando en el mismismo infierno, con aquel cielo rojo que parecía que jamás iba a desaparecer, como el aire solo nos mataba poco a poco y, además, ver aquellos paisajes reducidos a puntos muertos.

Mara no duro mucho tiempo con nosotros, ya que ella también pereció. Pero yo seguí mi camino, ya no podía detenerme, había perdido el control de mi cuerpo. A los pocos minutos Jessica también termino por desplomarse en el suelo, así que el resto del viaje tuve que hacerlo solo. No podía creer como todo había terminado para mí, jamás vería a mis hijas crecer ni poder envejecer junto a mi mujer. Estaba solo, y por alguna razón, yo aun no moría, y más que una bendición, lo considero una maldición. Continúe caminando por largo rato sin poder pensar en algo fijo, la cabeza me daba vueltas. Sin darme cuenta había llegado ya a la ciudad. Todo o casi todo estaba destruido. Los edificios mas grandes estaban hechos cenizas, solo algunas partes alejadas de la parte central habían quedado casi intactas. Pude ver muchos autos que se había salido de la calle, posiblemente de la impresión, y también pude ver cadáveres calcinados por todas partes. Yo seguía caminando sin ningún rumbo, que más daba, a fin de cuentas. Todo lo que amaba se había ido a la mierda.

Sentía como mi cuerpo se debilitaba más y más, después de estar vagando un tiempo por las calles pude encontrarme con algunos pocos sobrevivientes, o «Los malditos» como pensaba, ya que si seguíamos con vida se debía a alguna especie de retorcido castigo de dios.

Así es como termine aquí, aun sin poder descansar en paz para dejar de sentir todo este dolor y poder ver a mi familia una vez más. Solo me queda preguntarme ante todo este desastre. ¿Acaso existe un dios? ¿de existir nos hubiera dejado pudrirnos de esta manera? ¿o es que todo esto es de hecho obra suya? Siempre me había mantenido como un creyente, aunque me alejara de la iglesia. Siempre había pensado que todo lo bueno que me había ocurrido en mi vida había sido por tener fe. Pero ahora, es

imposible tener fe, y mucho menos, sentir que exista algún dios capaz de dejarnos en esta tortura.

Ahora, mientras soy solamente un cuerpo andante con la carne putrefacta desprendiéndose cada vez más, me doy cuenta de que jamás hubo un dios y el maldito concepto del bien y el mal no eran mas que patrañas. Lo único real es la ambición, la arrogancia y la crueldad que siempre ha estado presente en el ser humano, no existe más, y ahora jamás podrá cambiar, ya es demasiado tarde, no hay posibilidad de redención alguna; pero supongo que no puedo quejarme, esto es lo que nos hemos ganado tras tantos años con esos sentimientos e impulsos egoístas y autodestructivos.

Las pocas personas que me había encontrado han caído ya, tuvieron una resistencia formidable los hijos de perra, pero todo tiene un final, que en este caso es algo que cualquiera acepta con emoción. Si hubiesen podido sonreír lo hubieran hecho, pero claro, ya no les quedaba fuerzas ni la suficiente carne en el rostro para hacerlo. Y por algún motivo que yo desconozco, sigo aquí.

He dejado ya de quejarme de la estupidez humana y de la dudosa existencia de dios y me he limitado a aceptar que este fue nuestro destino desde que se crearon las armas nucleares. También he dejado de pensar en mi familia, ya no tiene sentido alguno lamentar sus muertes, después de todo, sé que están en un lugar mejor, puesto que no puede haber lugar peor que el que me encuentro ahora. Supongo que soy el ultimo ser humano que debe de quedar vivo en todo el mundo. Hurra por mí, soy un campeón absoluto.

Me encuentro jodidamente delgado y confundido, supongo que mi hora por fin esta cerca, cuanto me alegro, ya estoy harto de siempre ver lo mismo: Autos destruidos, edificios hechos polvo y casas deshabitadas o llenas de cadáveres, como si fuera un recuerdo eterno, «¡He aquí el fruto de nuestras acciones!». Pronto las piernas dejaran de responderme y solo me quedara estar acostado y dejar que la poca piel que me queda se desprenda. Eso es bueno, en realidad, ¡es excelente! Finalmente, una noticia excelente que me hace estar contento después de lo que me pareció una eternidad carajo.

De por si mi cerebro ya se encontraba muy jodido y solo me faltaba una cosa: Tener alucinaciones de muchas cosas. Hay ratos en los que, por una fracción de segundo, me parece volver a ver aquel hermoso cielo azul, las calles llenas de gente en su rutina diaria y escuchar el ruido de las conversaciones, los automóviles y los productos electrónicos. Mierda, como echo de menos esas cosas que antaño parecían corrientes e incluso molestas, pero el olor del humo de los autos no era nada al olor que me invade desde hace ya tiempo: Muerte, sufrimiento, destrucción y podredumbre, sobre todo este último. Pero no todas aquellas imágenes

son tan maravillosas; a veces también me parece ver siluetas negras retorciéndose, como felices, celebrando la destrucción de la humanidad, las suelo ver de distintos tamaños, las mas grandes son sin duda las peores. Caminan a paso lento y a veces me parece ver como voltean a verme y se burlan de mí, como diciendo «Mira a ese pobre diablo, tiene que ser el tipo más desafortunado del mundo como para seguir aquí». La verdad es que lo entiendo, debo de ser un jodido tipo que, entre los miles de millones de personas que habitaban el mundo, debía ser yo el que le tocara observar el maldito fin del mundo, por supuesto.

Las piernas por fin han dejado de respóndeme, eso es muy bueno, me encuentro tumbado en el piso esperando con ansias mi final. Hace tanto tiempo que todo dejo de importarme, mi nombre, mi antigua vida, mi familia y el resto del mundo. Solo pensaba en este momento, en como ya ninguna extremidad de mi cuerpo me responda y dentro de poco mi cerebro también se apagará, es la mejor noticia que he recibido en mi puta vida. Por fin todas esas cosas que había dejado atrás volvían a mi mente de golpe, supongo que así debe de ser "ver tu vida a través de tus ojos", recuerdo mi niñez y a mis padres, muy lindo todo. Paso mi adolescencia, mi primer grano, mi primera novia, mi primera suspensión, a un brabucón que me hacia la vida imposible (quizás seas la única persona del mundo por quien no siento ninguna lastima, cabron) y por supuesto, mi graduación.

Veo mi época de adultez, las desveladas de la universidad, Jessica, tan linda la primera vez que la vi y como aquellos fueron los mejores días de mi vida a su lado. Mi matrimonio, el nacimiento de mi primera hija, a todos mis colegas, mi segunda hija, las presentaciones en la escuela y dibujos que ellas me dedicaban, todo es tan bello de recordar; hace tanto tiempo que no me sentía tan feliz, si pudiese llorar lo habría hecho, pero claro, perdí esa habilidad hace mucho tiempo. Veo una luz a la distancia, ¿la otra vida? ¿al final siempre hubo un dios y un paraíso? Al parecer si «Y que maldito por tardarse tanto en abordarme», pienso divertido. Sin embargo, eso ya no me importa en estos momentos, por fin mi hora llego y puedo lárgame de este lugar, la luz se hace más grande y siento como recupero fuerzas. Me levanto y veo mis manos, con color de nuevo, me siento de maravilla, la luz es inmensa; ya no percibo ningún olor o sonido alguno, la hora a llegado, camino con total confianza hacia la luz, seguro que al final de ella estará mi esposa y mis hijas esperándome.